

LIBRO IV.

EL IMPERIO.

CAPÍTULO PRIMERO.

El general Almonte es nombrado lugarteniente del Imperio.—Manifiesto que con tal motivo dirige á las mejicanas.—Arribo á las costas de Méjico de SS. NN. II. Maximiliano y Carlota.—Allocucion del Emperador á los habitantes de Veracruz.—Entrada de los Emperadores en Orizaba y en Puebla.—Entusiasta acogida con que los recibieron los habitantes de estas ciudades.—Llegada de SS. NN. á la capital de Méjico.—Dificultades que se presentaban á la consolidacion del nuevo Imperio.—Medios propuestos para superarlas.

I.

El día 10 de Abril de 1864 espidió S. M. imperial Maximiliano el decreto nombrando al general D. Juan Nepomuceno Almonte, lugarteniente en el gobierno del Imperio, durante el tiempo que debiera trascurrir hasta la llegada del archiduque al territorio mejicano. Comunicado el día 20 del siguiente mes este decreto al general Almonte, cesó la Regencia en el ejercicio de sus funciones y comenzó en las suyas, como lugarteniente del Imperio, el citado general.

Antes de aceptar el nuevo cargo, D. Juan N. Almonte publicó una proclama á los mejicanos dando cuenta de la situacion deplorable en que habia encontrado la Regencia todos los ramos de la administracion en Méjico; lo exhausto que se hallaba su Tesoro; la inmoralidad de los funcionarios públicos que durante el mando de Juarez habia habido al frente de los negocios del Estado; la fal-

ta de respeto en todas partes á las leyes y á las autoridades; el abandono completo de las ciencias, de las artes y de la industria; y el aspecto, en fin, tristisimo y desconsolador que al empezar la Regencia ofrecia la desventurada nacion mejicana.

El general Almonte hacia despues una relacion estensa de los grandes sacrificios que habian sido necesarios para que el país empezase á constituirse en un orden regular y estable; y aunque asegurando que distaba mucho Méjico de hallarse al presente en un estado próspero y satisfactorio, prometiase, sin embargo, el favorito del nuevo Imperio, mejorarlo de una manera rápida y sorprendente, contando con la aquiescencia de todos y la eficaz cooperacion de algunos de sus compatriotas. «Estamos seguros,—decia,—de que en nuestra mano tenemos el mejorar increíblemente la situacion de Méjico antes de mucho tiempo, si nuestra conducta secunda constantemente el anhelo y miras de nuestro augusto soberano, que de tan buena voluntad consagra á nuestra felicidad su edad temprana, su robusta salud, elevada inteligencia y carácter con que al cielo plugo dotarle, y que él ha sabido mejorar y enriquecer con su laboriosidad perseverante en la explotacion de los tesoros de la ciencia, y la solidificacion de su virtud y juicio en los modelos prácticos y ámplia esperiencia recojidos en sus largos y variados viajes.»

Pasaba despues á encomiar la proclama

de que nos ocupamos, otras virtudes que adornaban al infortunado Maximiliano, y el prestigio que su ilustre descendencia le daba ante la Europa y el mundo entero. Con tal motivo decia, que el personaje ilustre que habia resuelto consagrarse á la ventura y felicidad de Méjico, á más de sus envidiables cualidades personales en un príncipe nacido en las gradas de uno de los tronos más antiguos y poderosos, sobre el cual una casualidad de su buena fortuna le haria salir con un solo paso; y allí en su patria natural, rodeado de amor y respeto de los suyos, centuplicaría la estimacion y la consideracion con que entónces lo miraba todo el mundo civilizado. Exhortando luego el general Almonte á sus compatriotas á que prestasen obediencia y sumision al nuevo Emperador, terminaba su allocucion diciendo que no solo faltaria á un deber sagrado, sino que sería una mengua y deshonra en los mejicanos no rodear sincera y lealmente con todo su amor y respeto á tan escogido soberano; no apoyarlo con la mayor eficacia, lealtad y buena fé en su empresa de alcanzar la felicidad de la patria; no secundar sus generosos esfuerzos con el trabajo y amor á la paz y al órden que distinguió siempre á la nacion azteca, con el respeto profundo del derecho y justicia de todos los demás, y con los grandes y positivos sacrificios de cualquier género, aun de la propia existencia.

II.

Al dia siguiente de publicar la Regencia la proclama que hemos dado á conocer, el general Almonte, como lugarteniente del Imperio, publicó otra en la que hacia saber con regocijo entusiasta á la nacion mejicana, que debia llegar en breve á aquellas playas el archiduque Fernando Maximiliano, quien se habia dignado aceptar el sufragio de los mejicanos. «Nuestros males públicos, decia el lugar-teniente, que á nuestros propios ojos parecian ya irremediables, inclinaron á nuestro favor la bondad del cielo, que inspirando uno de esos pensamientos grandes y fecundos, que sólo pueden salvar á las naciones, nos deparó á la vez el eficaz y generoso auxi-

lio de un pueblo poderoso para ayudarnos á llevar á cabo esa redencion de la infortunada Méjico. La magnánima Francia se proclamó ante el mundo nuestra aliada y amiga, y plantando en Méjico su glorioso pabellon, simbolo en todas partes de la justicia, del órden y de la libertad bien entendidos, convocó en su alrededor todos los mejicanos que tuviesen suficiente patriotismo para establecer un gobierno nacional, adornado de semejantes dotes...

«Levantemos las manos al cielo en accion de gracias, porque nos ha concedido la consumacion de nuestros fervientes votos. La formal y definitiva aceptacion que nuestro Emperador Maximiliano ha hecho del trono que le ofrecemos, la conoceis ya de un modo público y oficial: ese acto solemne, poniendo fin á vuestras ansiedades y peligros, nos hace entrar en una marcha normal y permanente, que sólo necesita de nuestra cordura y sincero patriotismo para hacerla terminar en nuestro engrandecimiento y felicidad.»

Tal y tan grande era el entusiasmo con que el general Almonte comunicaba á los mejicanos el próximo arribo á las playas de aquel golfo, del nuevo é infortunado Emperador Fernando Maximiliano.

El pueblo distaba mucho, sin embargo, de participar de las alegrías y de las emociones del general Almonte. Apenas se encontraba un sólo mejicano que no tuviese herido su corazon por la pérdida del hijo, del padre ó del hermano, en la sangrienta lucha que por la libertad y la independencia habia sostenido en Aculcingo y Puebla, y mal podia por lo tanto entusiasmarles la llegada del archiduque de Austria, que venia á ser como la coronacion de la obra funesta empezada y llevada hasta aquel punto por unos cuantos traidores, á quienes apoyaba un monarca potente y ambicioso. Aun sin aquel dolor, que por la pérdida de tan queridos objetos, tenia lacerado el pecho de las madres y de las esposas; sin aquellos perjuicios inmensos que en las haciendas y en las industrias de los mejicanos habian causado los invasores, el pueblo de Méjico hubiera acojido siempre con ceño airado y con el puñal oculto, á cualquier monarca de mejores ó peores antecedentes que Maximiliano, que fuera á Méjico á simbolizar, además del

triunfo de una invasion extranjera, la causa de la reaccion y del despotismo.

III.

Ocho dias despues de publicarse el anterior manifiesto del lugarteniente á la nacion mejicana, una salva de 101 cañonazos, hecha por los baluartes de la plaza, y acompañada de las salvas del castillo de San Juan de Ulua y de los buques anclados en Sacrificios, anunció la señal del arribo á las costas mejicanas de la fragata austriaca de guerra *Novara*, conduciendo á SS. MM. II. Maximiliano y Carlota. A las seis de la tarde del dia 28 de Mayo, desembarcaron en Veracruz los ilustres viajeros, recibiendo en aquella plaza los individuos que componian la Regencia, y otras personas notables del nuevo Imperio de Méjico.

El archiduque Maximiliano fué recibido, segun estaba ya prevenido, al tocar el territorio mejicano, como Emperador de Méjico, haciéndosele los honores como al Emperador de los franceses. Las tropas se colocaron, ocupando el lado derecho de las francesas las mejicanas, tanto permanentes como auxiliares, inscritas en el decreto de 25 de Setiembre de 1863, sin que por esto cesara en el mando que debia tener el comandante superior francés en los puntos del tránsito ó residencia de S. M. el Emperador de Méjico.

Como igualmente estaba de antemano prevenido, si el Emperador de Méjico tuviese á bien recibir los cuerpos de oficiales, estos le serian presentados en los términos y órden indicado en el art. 306 del reglamento de los ejércitos en campaña, debiendo al efecto colocarse los empleados y funcionarios del Tesoro y Correos despues de los de la Intendencia. Los señores generales y comandantes superiores irian igualmente á recibir al Emperador al límite del territorio de su mando, y lo acompañarian hasta la salida del mismo. Todo el tiempo que el Emperador permaneciese en su demarcacion, pondrian á su disposicion, para su servicio personal, un oficial escogido, que tuviera al ménos el grado de capitán.

Durante la corta permanencia de los Emperadores en Veracruz, las autoridades y

muchos habitantes de esta ciudad, les prodigaron toda clase de demostraciones de júbilo y entusiasmo. Maximiliano, por su parte, mostróse con el carácter dulce y simpático que le atraia las afecciones y el cariño de cuantos le trataban, dirijiendo á su salida de Veracruz la siguiente allocucion de despedida á las autoridades de aquella plaza:

«Veo con placer llegado el dia en que puedo pisar el suelo de mi nueva y hermosa patria, y saludar al pueblo que me ha elegido. Quiera Dios que la buena voluntad que me ha conducido hácia vosotros, sea aprovechada en vuestro bien, y que ocurriendo á sostenerme todos los buenos mejicanos, nazcan los dias de mejor porvenir. El importante departamento y ciudad de Veracruz, que tanto se han distinguido por su patriotismo, deben estar seguros de mi benevolencia. Siendo este puerto la entrada principal al interior, mi solicitud le será consagrada para que se desarrolle y ensanche su comercio.

«Adios, señores, me prometo volver á veros en estacion más favorable, y entonces quedaré entre vosotros todo el tiempo necesario.

En Orizaba, las autoridades se presentaron igualmente al Emperador, felicitándose de la llegada de éste, y prometiéndose que su venida al territorio mejicano, era la señal de un próspero y risueño porvenir para aquel pais desventurado.

En los tres dias que Maximiliano permaneció en esta ciudad, su comunicacion con el pueblo fué continua y afectuosa.

Visitó las escuelas, los hospitales, la cárcel y cuantos edificios de alguna importancia contaba la poblacion. La Emperatriz Carlota visitó á las capuchinas del convento del Calvario y otros varios templos, asistiendo con el Emperador al *Te Deum* que se cantó en la iglesia parroquial.

Entre otras varias felicitaciones que los indios dirijieron á Maximiliano, le conmovió por su humildad y sencillez la del jefe del Haranjal pronunciada en lengua azteca: «Venerable Emperador: tienes delante de tí á tus pobres y humildes indios, tus hijos. Han venido á rendirte homenaje para que sepas que tu venida les ha colmado de alegría. Veo el arco iris que ha de disipar las nubes

que parecían amontonarse perfectamente sobre nuestro reino. Tú eres el enviado del Todopoderoso. ¡Que te dé la fuerza necesaria para salvarnos! Toma esta flor: es una muestra de nuestro cariño. Te la ofrecen tus hijos de Haranjal.»

Con tal naturalidad se espesaba el pobre indígena, que como todos los de su raza, guardaba viva en su corazón la supersticiosa creencia que de padres á hijos se había transmitido, y según la cual llegaría un día desde el Oriente un joven de blonda barba y de ojos azules, bajo cuyo reinado su raza se levantaría de su lamentable decadencia. Este joven prometido era para los indios el archiduque Maximiliano, y de aquí el fanático entusiasmo que en todas partes le mostraba aquella pobre y desgraciada raza.

Desde Orizaba á Puebla, el viaje de los Emperadores fué una continua ovación. En el pueblo del Ingenio, los esperaban sus habitantes con flores y ramilletes. Para subir las cumbres de Aculzingo, el Emperador y la Emperatriz montaron á caballo, llegando á poco á Puente Colorado, en donde les aguardaba la comision de Puebla.

A las diez de la mañana del día 5 de Junio hicieron su entrada los Emperadores en la heroica ciudad de Puebla. El escaso número de habitantes que habían sobrevivido al horrible sitio de esta población, no quisieron presenciar la entrada del nuevo monarca, siquiera porque iba representando la injusta causa por la que tantas y tan terribles desgracias había experimentado la noble ciudad.

Las autoridades y los indígenas se esforzaron por eso mismo en hacer la recepción más solemne. La comitiva de los Emperadores se presentó en la plazuela de San Francisco, formando á la cabeza cinco batidores, gendarmes franceses, á los que seguía una mitad de caballería de policía de Puebla, y diez carretelas abiertas con el Ayuntamiento y autoridades de la ciudad, llevando todas su correspondiente uniforme. En la primera, dos mancebos y dos empleados llevaban las llaves de la ciudad en un elegante y rico cogen.

Seguían después una parte de la guardia imperial, que servían de batidores á SS. MM.: á continuación, en carretela abier-

ta, el Excmo. Sr. gran mariscal de la corte, general Almonte y su esposa, y el excelentísimo señor Velazquez de Leon: inmediatamente después SS. MM. en carretela abierta. A la derecha del carruaje el general Wall y á la izquierda el general Brincourt, seguidos uno y otro de sus estados mayores. La comitiva la cerraba una escolta mejicana imperial.

En un elegante y precioso arco formado en la calle del Alguacil, fueron entregadas á Maximiliano las llaves de la ciudad, prurmiendo la comitiva en entusiastas vivas al Emperador de Méjico. Por la noche hubo vistosos fuegos artificiales en los memorables cerros de Loreto y Guadalupe, representando en aquellos el palacio de Miramar.

IV.

El día 11 de Junio, la ciudad de Méjico se preparaba á recibir con toda pompa y solemnidad á los nuevos soberanos. Las calles, las puertas de las casas, los balcones y los terrados de todos los edificios de la capital rebosaban de gente, que llevados unos de su entusiasmo y los más de la curiosidad, se agrupaban en tropel hácia los puntos por donde debían pasar los nuevos Emperadores.

Lo más notable de la sociedad militar y eclesiástica de Méjico, salieron en coche y á caballo hasta Santa Cruz, á unos cuatro kilómetros de la ciudad, para saludar á Maximiliano y á la Emperatriz Carlota. Apeándose del carruaje SS. MM. saludaron afectuosamente á la ilustre comitiva, y poco después se encaminaron, en medio de entusiastas vivas, hácia la capital, rodeando el coche imperial multitud de mejicanos que llevaban cada uno una bandera en la mano.

Una salva de 101 cañonazos, y el repique de las campanas de todas las iglesias, anunciaron la entrada de los Emperadores en la corte de sus nuevos Estados. La multitud se apiñaba en rededor de los carruajes y de los caballos, gritando unos: «¡viva nuestro Emperador!» y jurando los más allá en el fondo de su conciencia, «¡guerra á muerte al monarca intruso y á cuantos con él atenten

contra nuestra libertad y nuestra independencia! »

El Emperador y la Emperatriz se dirigieron á la catedral, en donde fueron recibidos por los arzobispos y obispos y muchas corporaciones religiosas, cantándose despues un solemne *Te-Deum*.

V.

Terminadas las solemnes fiestas con que la capital de Méjico celebraba el advenimiento al trono de su nuevo Emperador, Maximiliano I consagró todo su buen deseo al desempeño de la difícil mision que le habia sido confiada. La cuestion financiera hizo fijar preferentemente la atencion del jóven príncipe, y para resolverla atendió desde luego, á la desamortizacion de los bienes eclesiásticos, á los cuantiosos rendimientos que pudieran obtenerse de las ricas y abundantes minas de sus nuevos Estados, y al aumento que era de esperar en el producto de la contribucion de aduanas.

Pero no era esta la cuestion más árdua y difícil que necesitaba abordar Maximiliano I. Las continuas revueltas por que en los últimos tiempos acababa de pasar la República de Méjico, habian traído á esta nacion á un grado lamentable de postracion moral, que se hacia mucho más difícil y peligrosa, por la absoluta decadencia material á que la habian reducido los últimos acontecimientos. El nuevo Emperador se encontraba por un lado, con una sociedad fatigada, que sufría con encubierta resignacion todas las violencias, todas las injusticias de que habia sido víctima, durante el mando de ambiciosos presidentes que sólo se cuidaban de su propio y esclusivo bien; por otra parte veíase rodeado de un militarismo improvisado y altanero, sin antecedentes y sin historia, en el que cada individuo no tenía más pensamiento político que el de acostarse revolucionario y despertar presidente, para huir despues de su caída con los residuos del Tesoro público ó el producto de un empréstito, si quiera fuese llevado á cabo del modo incúo que acostumbraba el mismo favorito de Maximiliano.

Encóntrose igualmente con un clero numeroso y avariento, que á todo trance que-

ria con sus fanáticas ó acomodaticias creencias dirigir los actos y la conciencia del pueblo mejicano, para sobreponerse á la poderosa fuerza de sus rivales y ser el árbitro dueño de los destinos de Méjico; y sobre todas estas dificultades, y tantas otras como pudiéramos enumerar, tenía que háberse las el nuevo monarca con un partido tan numeroso y compacto como el del presidente Benito Juarez, cuyos actos en los últimos tiempos de su mando le habian captado por su rectitud y por su energía, el afecto íntimo de la inmensa mayoría de los mejicanos; y cuyo carácter enérgico é inquebrantable habia de inflamar incesantemente en el ánimo de su pueblo el amor santo y sagrado á la independencia y á la libertad, y el odio profundo é irreconciliable á la intervencion de un pueblo extraño y altanero en la vida, en las costumbres, en las creencias, en las aspiraciones, en todo, en fin, el modo de ser de una nacion que ha luchado por la libertad hasta merecer, con justicia, la admiracion de los demás pueblos del Nuevo Mundo.

Todos estos obstáculos, todas estas contrariedades se presentaban gigantescos á la obra que el archiduque de Austria se proponia llevar á cabo en su nuevo Imperio.

Y ciertamente que todo esto pudo conocerlo, y lo conoció en efecto, Maximiliano I; pero era jóven y descendiente de la casa de los Hapsburgos: habia nacido príncipe, y no tenía Estados. Era, pues, uno de tantos vástagos ilustres que pululan por toda la Europa en busca de un trono, si quiera sea éste tan fecundo en males y desventuras como lo ha sido el de Fernando Maximiliano, cuyo desastroso fin inspira hoy al mundo la compasion y el sentimiento que excitan siempre la desgracia y el infortunio.

No por esto nos olvidaremos nunca, al tratar de Maximiliano, del engaño de que fué víctima por parte de unos cuantos falsarios ambiciosos de la nacion mejicana y del Emperador francés, al ofrecerle los primeros la corona, y al prometerle el segundo un apoyo decidido y constante que le negó más tarde en los momentos más críticos y solemnes, á una ligera indicacion del gobierno de los Estados-Unidos.

Pero de todos modos, Maximiliano, como decíamos, no desconocía los grandes inconvenientes, las rudas pruebas, los amargos sinsabores que le esperaban en su reinado, y la gran fuerza de voluntad y distinguidas cualidades físicas, morales é intelectuales que eran necesarias para reunir y organizar los elementos dispersos y corrompidos de una sociedad tan perturbada, en la que habia de crearse lo material y lo moral, desde las cosas que dán valor á los productos de la naturaleza, hasta los sentimientos que enaltecen á los hombres y hacen grande y venturoso á un pueblo.

Para llevar á cabo tan árdua empresa, el nuevo Emperador quiso admitir los esfuerzos de todos los hombres que aspirasen al bien de su país, fueran cualesquiera sus creencias políticas, proponiéndose de este modo no apoyarse en un partido determinado, sino formar un núcleo robusto y vigoroso que fuese como el tronco de una gran nacion.

Este pensamiento, que á no dudarlo, era digno de los nobles sentimientos de Maximiliano, parecia en extremo fácil y hacedero al inesperado monarca, por las seguridades que de ello le daban Almonte y sus partidarios. «Los generales y jefes mejicanos,—le decian estos,—se adherirán todos al nuevo orden de cosas que aqui vinimos á establecer, y contribuirán con toda eficacia á crear un ejército nacional, que adquirirá muy en breve los hábitos de subordinacion y disciplina que distinguen á los ejércitos europeos; y el pueblo entero, y principalmente la numerosa poblacion india que conserva tan grato recuerdo del tiempo que estuvo bajo la égida de una monarquía paternal, apoyará de una manera enérgica y resuelta el trono augusto de Maximiliano.»

VI.

Todas estas halagüeñas promesas, todas estas seguridades de los aduladores y favoritos del jóven príncipe, hacian abrigar al incauto Maximiliano la esperanza de ver muy pronto constituido un Imperio floreciente, que á la vez que satisficiera su juvenil ambicion, pasara como cuantioso legado á su ilustre descendencia.

Consultando diariamente con sus ministros Almonte, Velazquez, Ramirez, Escudero, Estéva, Siliceo, Robles y Peza, con el general Bazaine, M. Corto, el arzobispo de Méjico y demás hombres notables del nuevo Imperio, Maximiliano se esforzó por remediar en el plazo más breve posible, el mal estado en que se encontraba la nacion, proponiéndose desde luego abordar la cuestion religiosa, como el único medio que pudiera suministrarle por lo pronto, recursos para atender á las primeras necesidades de la administracion.

El clero, aunque comprendiendo lo mucho que perderia en poder é influencia llevándose á cabo la desamortizacion de los cuantiosos bienes que durante largos años venia disfrutando, mostróse sin embargo al principio un tanto inclinado á esta medida, en la esperanza, sin duda, de que influyendo constante y eficazmente en el régimen gubernamental del Imperio, volverian con el tiempo las cosas al estado que el clero apetecia, y en la seguridad, por otra parte, de alejar para siempre toda clase de temores de que el partido que representaba Juarez pudiera cambiar el nuevo orden de cosas establecido por la teocracia.

El cuerpo extranjero quedó asimismo formado en breve, y ocuparon sus respectivos cargos los ministros encargados de representar el nuevo Imperio en las diferentes córtes de Europa y América, en que habia sido éste reconocido.

Las mejoras materiales ocuparon igualmente la atencion de Maximiliano I, fijándose con preferencia en las vías férreas de Veracruz á Méjico y en la que habia de enlazar esta capital con Acapulco, consideradas como las dos grandes arterias destinadas á poner en comunicacion el Pacifico con el Golfo mejicano.

Para el estudio de los diferentes proyectos de ley que debian formar la base de las instituciones del nuevo Imperio, se nombraron diferentes comisiones, presidiendo la de Hacienda el ministro de Estado Velazquez de Leon. Esta comision debia proponer en un corto plazo á S. M., despues de un examen minucioso de la situacion del Tesoro y de los recursos con que podia contar Méjico, un plan rentístico para lo futuro, en el cual

se conciliasen el estado pobre en que se hallaba el país con las necesidades imprescindibles de la administracion. La comision militar, bajo la presidencia del general Bazaine, se ocupaba á la vez en las cuestiones relativas á la reorganizacion del ejército; y de este modo se procuraba por todos llegar pronto á remediar los grandes males que afligian á la nacion mejicana.

Al Estado de Acapulco, recientemente sometido á los imperiales, fué enviado el señor Pozas á fines del mes de Julio con el cargo de prefecto político, quien poniéndose de acuerdo con el comandante francés introdujo varias reformas en los diversos ramos de la administracion, conservó aquellos empleados que se habian adherido al Imperio, y publicó, con otros varios decretos del Emperador, uno en que se daba una completa amnistía á cuantos hubiesen tomado parte en las anteriores luchas en favor del ex-presidente Juarez.

Con iguales instrucciones fueron enviados asimismo á los demás Estados sometidos á Maximiliano, los hombres más entendidos en la administracion, procurando todos apartarse lo ménos posible de la conducta liberal y prudente que les habia trazado su Emperador, toda vez que los triunfos morales, más aún que los materiales, y las conquistas que hiciera el gobierno sobre la opinion pública por medio de sus actos, le proporcionarian mayor número de prosélitos y le atraerian mayores afecciones y simpatías que la más brillante victoria en el campo de batalla.

Por esto Maximiliano I procuraba sobre todo, inculcar en el ánimo de las autoridades máximas liberales y conciliadoras, como único medio de atraerse el afecto de los mejicanos, á quienes por la fuerza era de todo punto imposible someter, dado el espíritu independiente y guerrero que á todos los animaba; y dada tambien la vasta estension del Imperio, su topografia, la falta de vias de comunicacion, los grandes espacios desiertos que con frecuencia median de uno á otro pueblo, y tantas otras condiciones favorables para que los juaristas pudiesen sostener indefinidamente la lucha de guerrillas que desde un principio habian adoptado contra los invasores.